

ISABELAE: EL JUGUETE DE LA LUNA

Dicen que toda luz tiene su contrario y que cuanto más brilla, más alargada es su sombra. Podríamos quedarnos solo con su gran belleza, pero, entonces, nos perderíamos otra mayor: la de la historia trágica que se esconde al otro lado de su luz.

Si se lo hubieran preguntado, probablemente, *Actias isabelae* hubiera elegido no ser tan grande ni vistosa. Porque con ese porte es presa fácil de los depredadores nocturnos que la acechan en el pinar, a los que no les importa lo más mínimo los colores de sus alas, sino más bien los azúcares de su abdomen.

Si le hubieran dado a elegir, posiblemente, *Isabelae* hubiera

pedido una boca en óptimas condiciones para poder alimentarse, para poder recargar energías. Pero la naturaleza, que te quita y te da a su antojo, ha dictado que *Isabelae* no pueda disfrutar de los placeres de la comida ni de la bebida.

Tal vez, *Isabelae* no hubiera elegido esas enormes antenas a modo de radares que coronan su cabeza y hubiera preferido el diseño mucho más elegante —y cómodo de llevar— de sus parientes diurnas.

Pero, por encima de todo y sin dudar, *Isabelae* hubiera cambiado todos sus dones estéticos por algo más de tiempo. Porque... ¿de qué sirve tanta

belleza cuando solo tienes ocho días para lucirla? Ocho días en los que el imago de *Isabelae* deberá encontrar una pareja que le ayude a asegurar la próxima generación.

Unas grandes alas le ayudarán a recorrer el bosque, ascendiendo a las copas de los pinos en su búsqueda. Con sus grandes «radares» podrá captar las feromonas que las hembras dispersarán en las noches de principios de primavera como migas de pan invisibles en la oscuridad.

¿Será suficiente? Sin comer, sin apenas dormir y con poco más de una semana de vida antes de agotar sus recursos de energía... y eso, si antes los murciélagos o



algún otro duende nocturno no dan buena cuenta de ella.

Pero la naturaleza tiene un plan para *Isabelae*, uno en el que su belleza será su gran aliada.

La luna, en sus largas noches de soledad, necesita una distracción. *Isabelae* le atrae, y a *Isabelae* le atrae la luna. Su tenue luz es perfecta para atravesar sus alas a través del velo de la noche, y cuando lo hace, convierte sus escamas y nervaduras en una vidriera de colores digna de la más grande y opulenta de las catedrales. *Isabelae* es un juguete de colores para la luna y la luna es una guía para *Isabelae*, que utiliza su brillo para orientarse en medio de tanta oscuridad.

Como regalo para sellar este pacto, *Isabelae* luce cuatro lunas en sus alas: los cuatro cuartos. Y al igual que, si acercamos nuestra mirada a esa esfera que vemos blanca y lisa, descubrimos

un paisaje de valles y montañas, cuando miramos de cerca sus alas, descubrimos un mosaico de colores, con hebras de terciopelo finamente entretejidas: amarillo, violeta, zafiro, burdeos y púrpura enmarcados en un círculo negro perfecto que delimita cada luna..., que en realidad parece un sol multicolor. Es sabido que estas lunas u «ocelos» confunden a sus depredadores, pero nosotros archivaremos el porqué de sus fantásticos colores en el mismo cajón donde guardamos el verdor de la mirada del lince o el reflejo de la luna llena sobre el mar.

Isabelae tiembla. Sabemos que lo hace para calentarse y poder desplegar las alas que la ayuden a traspasar la noche, pero imaginaremos que lo hace de pura excitación antes de emprender ese viaje a ciegas en el que ya no importan los colores, sino

la fuerza de un instinto que late dentro de ella. Y se olvida de comer... y de dormir. Vagabundea por los bosques sin más luz que la de su esperanza. Los rayos de luna que filtran las ramas son lo máximo a lo que puede aspirar agarrarse para continuar, antes de que la luz cegadora del día aconseje la prudente retirada en la bóveda del pinar.

Pasados los días, cuando su fuerza está a punto de extinguirse y la luna, pensando en mudar de fase, al fin encuentra un amor que la corresponde, con el que escribe las primeras líneas de la siguiente página de su historia. Después, agotadas ya todas sus reservas, pero con la misión vital cumplida, apenas puede intentar un último vuelo y se eleva todo lo que puede a sabiendas de que es un viaje solo de ida.

Apunta a las estrellas, porque quiere llegar a la luna. Y, antes de

desvanecerse para siempre, consigue recortar su silueta en el cielo negro contra su brillo plateado. Es su forma de despedirse y darle las gracias. Una imagen que nunca veremos, pero que a buen seguro ocurre cada principio de primavera en nuestros bosques.

Isabelae nos enseña que quizás la belleza alcance sus cotas más altas cuando somos conscientes de su levedad.

Notas:

Se sabe que las mariposas nocturnas utilizan la luz de la luna como sistema de orientación en la oscuridad. Al ser criaturas principalmente nocturnas, evolucionaron para viajar siguiendo el brillo de la luna, empleando un método denominado *orientación transversal*. Se cree que, para orientarse, estos insectos

mantienen la fuente de luz en una posición determinada en relación con sus cuerpos.

Los heteróceros, grupo de mariposas al que pertenece *Isabelae*, con frecuencia son conocidos comúnmente como *polillas*, aunque esto no es del todo exacto, ya que las polillas son, en realidad, una de las siete familias de las mariposas nocturnas. Los satúrnidos, grupo al que pertenece nuestra protagonista, son con diferencia las más grandes y vistosas de todas ellas.

Al parecer, el brillo de las lámparas de vapor de mercurio que hay en los fluorescentes, vibra en la misma frecuencia que la luz de la luna y por eso muchos insectos nocturnos se ven irremediablemente atraídos por la luz artificial, con funestas consecuencias para ellos.

Las fotografías de este artículo están hechas con luz continua

indirecta y flash auxiliar externo, ajustando la temperatura de color en cámara para simular el efecto de la luz fría crepuscular y presentar a *Isabelae* en su ambiente nocturno en mitad de esta historia.

Estas fotos no habrían sido posibles sin la inestimable ayuda de Kristian Leahy y Antonio García Carrillo, quienes, en la Asociación Zerynthia y en colaboración con el Ministerio de Medio Ambiente, editaron un completo y detallado estudio sobre la especie, en el cual encontré la inspiración para realizar este artículo.

Fotografías y texto de
Ramiro Díaz
fotosensible.es

